

...Se pasó una hora buscando el calcetín rojo. No era la primera cosa que perdía, ni tampoco la primera vez que armaba un lío. Su temperamento explosivo y sanguíneo lo hicieron famoso en el hogar sustituto. Todos lo conocían como "Lío". Cosa que a él no le disgustaba para nada, de hecho le encantaba, luego de enterarse que "lío" en inglés era "mess" y que si los juntaba sonaría como: "lio messi". Y es que cada vez que quería escapar de su realidad, solía jugar al fútbol con sus compañeros del hogar, imitando las gambetas y jugadas de su ídolo.

Aún era temprano en la mañana, Lío intentaba no hacer tanto ruido en la habitación que compartía con 3 niños más, pero era casi una "misión imposible" para él.

Abría, revolcaba y cerraba el mismo cajón varias veces, tal vez con la esperanza de que por arte de magia apareciera, pero no era más que una manera de liberar su ansiedad.

Había tenido muchas citas fallidas y no quería que algo saliera mal esta vez.

Por eso su afán de encontrar su *calcetín rojo*, que además de ser del mismo color de su cabello, se los ponía siempre en momentos especiales ó cuando necesitaba una «ayudita de la suerte», algo así como un amuleto. Lío aseguraba que cada vez que tenía sus calcetines rojos puestos pasaban cosas buenas, por ejemplo, que la directora del hogar no se diera cuenta de sus travesuras.

Claro, esta vez era algo mucho más serio, por eso era importante para él encontrarlo.

Pero se hacía tarde, no podía seguir buscando. En cinco minutos tenía que presentarse en la oficina de la directora. No tuvo más remedio que ponerse esos calcetines color beige con rayas que detestaba. Su pantalón corto dejaba ver sus piernas con una que otra raspadura en sus rodillas, gracias al partido de ayer. Refunfuñando acomodó su corbata y ajustó sus tirantas. Respiró profundo, secó el sudor de su frente y desilusionado por no haber encontrado su "calcetín milagroso", miró al cielo como rogando que esta vez sí fuera y salió.

Siempre había tenido curiosidad de entrar en esa sala que permanecía cerrada, era ahí a donde entraban sus amigos, esos que no volvía a ver. Era amplia, y aunque tenía unos ventanales grandes, solo entraban unos tímidos rayos de sol. Era como si el sol hubiera logrado colarse para no perderse este anhelado encuentro. Unos elegantes sillones en el centro de la sala combinaban con las espesas cortinas, que para su sorpresa, eran del mismo color de las medias que llevaba puestas. «Eso es una buena señal» —*pensó*—. Soltó la mano de la directora y secó sus manos sudorosas con su pantalón.

Aquí estaban en el centro del salón. Una pareja, eran jóvenes, la mujer secaba sus lágrimas intentando fallidamente ocultar su emoción. Y él, con un balón en la mano, sonreía nervioso. Ya tendrían mucho tiempo para conocerse. Así que un abrazo tímido, preguntas torpes y unas cuantas lágrimas, era lo justo para un primer encuentro.

Mientras los adultos terminaban el papeleo, Lío subió a alistar sus pocas pertenencias. Con nostalgia miraba el lugar que por años fue su casa, y aunque muchas veces quiso salir corriendo de allí, en el fondo de su corazón sabía que lo iba a extrañar. Echaría de menos esas tardes de juego, esos amigos incondicionales que nacen en los momentos más difíciles de la vida. Pero por sobre todo a “Tito” su cómplice, su mejor amigo. Con quien pasaba noches enteras fantaseando con ese día, imaginando cómo sería esa sala y cual de los dos entraría primero en ella.

La voz chillona de Tito interrumpió el pensamiento de Lío.

«¡Me ganaste!»— *le grito*— y corriendo hacia él lo sorprendió con un fuerte abrazo.

De su bolsillo sacó algo que a simple vista no se podía detallar.

—Me parece que era esto lo que buscabas—le dijo. Vaya ruido qué hiciste.

Con un poco de desconfianza, como esperando alguna broma, Lío lo tomó en sus manos.

Ahí estaba, era *su calcetín rojo*.

Extrañado miró a Tito.

—¿Por qué lo tienes?—*le preguntó*.

—Solo quería comprobar que las cosas importantes no podían depender de unos calcetines viejos. —*respondió Tito*— Debe haber alguien allá arriba en el cielo a quien le importamos. Y seguro también hará que nos volvamos a ver.

— Bueno, en ese caso, puedes quedartela —*dijo Lío*—. Por lo menos servirá para que me recuerdes hasta que ese día llegue. ¡Hasta siempre, amigo!

705 palabras